

Un relato íntimo

A Laura, Adrián y Juan

Al ver las fotografías que Karina Beltrán muestra en el CAAM en la exposición *Escenarios, Constelaciones, Polaroids*, tenemos la sensación de que ha utilizado siempre este medio expresivo pero no es así, empezó su trayectoria creativa como pintora. Las acuarelas geométricas previas a su recorrido como fotógrafa poseían la delicadeza y el sosiego que siempre han acompañado a su trabajo. Sin embargo, la energía que emana de su nueva obra se incrementa al dejar la pintura por la fotografía a comienzos del nuevo milenio. Esta disciplina le permite contar historias de otra manera, nos habla de su mundo, de sí misma y de sus inquietudes. El traslado de su residencia a Londres, ciudad en la que vivió catorce años, y el Master de Postgrado en Bellas Artes en Chelsea College of Art and Design suponen un cambio radical en su trayectoria. Las nuevas experiencias visuales y perceptivas se evidencian en la serie *The Next Room* (2001). La casa vacía de su abuelo muerto que llevaba cerrada más de un año le inspira esta serie que recoge el espacio generado por las sombras. La fotografía le permite encontrar los ámbitos que construyen el silencio. En sus recorridos por el Londres nocturno, registra las luces que emanan por ventanas y farolas que iluminan las calles y las fachadas. En ellas investiga la tonalidad de la luz de la vivienda del recuerdo para restituir las partes de las casas donde hemos vivido y que se encuentran desparramadas en cada uno de nosotros. Añora volver a oír los ecos de otros tiempos. La ausencia se convierte en estado de ánimo que se apodera de la artista en la intimidad y nos hace percibir la casa toda pura, cuyos ruidos le aportan una especie de cuerpo sonoro a través de la extensión de sus espacios. Este nuevo habitar le transporta hacia el vacío, la soledad, el dolor y la muerte, destruyendo todo atisbo de felicidad plena.

La muerte sigue siendo el tema que desarrolla en la serie *My body practicing being death* (2002-2003) solo que ahora es ella misma el personaje central de la obra. La artista busca lugares para escenificar ese tránsito tan doloroso. Autorretratos donde su cuerpo inerte descansa para siempre. Una muerte dulce cerca de un lago, en la nieve, sumergida en el agua, en el verdor de la hierba,

entre unas amapolas silvestres o en una alfombra con la que podría elevarse hacia el cielo, como sucede en los cuentos orientales. La muerte que Karina Beltrán nos revela es un viaje hacia el paraíso. Sin embargo hay un atisbo de tristeza en este trabajo aparentemente ingenuo, un sinsabor que te deja desolado porque la muerte es siempre un acontecimiento desgarrador.

La misma temática se desarrolla con nuevos matices en *Apariciones* (2003-2007) donde vemos imágenes que nunca habríamos podido imaginar por nuestra cuenta en un jardín, en un parque, en la calle, en el interior de una casa o en una lavandería. Karina Beltrán muestra unos seres ausentes que deambulan por diferentes lugares de la ciudad. La artista nos comenta: “esas presencias se interponen, se cuelan entre la mirada del fotógrafo y lo que creyó haber fotografiado. Tiene que ver con toda esa historia de espíritus, seres irreales que aparecen en imágenes, que son captadas por la cámara, solamente no vistas por el ojo del fotógrafo hasta que no revela la foto. Ellas están ahí, miran también, extrañadas ¿venidas tal vez de otro mundo?, ¿del pasado?, o tal vez de vuelta al pasado, donde la naturaleza era aún posible”. La serie nos transmite una “intencionalidad poética”. Nos hablan de esos seres que el cine o la literatura han inmortalizado para siempre. La obra desvela la visión de un espacio propio e íntimo. Los habitantes de *Apariciones* deambulan sin ser vistos en un acto que es interrumpido en el instante en que la luz es recogida por el obturador de la cámara. Karina Beltrán proporciona un ser a la melancolía. Nos aporta un sujeto trascendente para el verbo meditar, ensimismarse frente al paisaje, extrañar todo aquello que con posterioridad a la regeneración mental del paisaje resuena como imagen poética y como sensación de sublimidad sin cuya realidad el recuerdo se mutila. Presencias, como hipótesis de vidas, de universos íntimamente soñados y en los que ser y no ser pueden llegar a ser una misma cosa.

El trabajo de Karina Beltrán se presta a múltiples lecturas, pero siempre encontraremos, tras cada una de sus fotografías, una invitación a soñar, a abandonar lo evidente. Al manifestar esa voluntad de rebasar lo real, lo cotidiano se enriquece, lo nimio adquiere una dimensión metafísica y en ese camino encuentra una forma de dar sentido al mundo. La serie *I close my eyes in order to see* (2002) es un claro ejemplo de esta posible correspondencia

entre la apariencia material de los objetos y seres que componen el mundo y el universo sensorial del espectador aún por descubrir. Esa negación de los sentidos que propone la artista en este trabajo es un mecanismo para liberarnos de la resistencia natural que posee el ser humano a ver más allá de lo evidente. Tal vez sea esa la razón de que los personajes que aparecen en su obra miren sin miedo a espacios inmensos como el mar o el cielo, sin olvidarse de los pequeños rincones y objetos.

La correspondencia que se establece entre lo mínimo y lo grandioso se pone de manifiesto en *Acerca de cómo construir un sueño* (2005-2007) donde vemos preciosas esferas de colores que nos recuerdan a los planetas. Las escenas realizadas en esta serie poseen mapas, objetos y enseres. El proyecto está integrado por quince fotografías en las que se puede ver a una mujer joven, y diferentes objetos: un mapamundi colocado sobre la pared y, sobre una mesa, una jarra rota en su embocadura, algo parecido a cera, un candelabro, varias esferas de cristal transparente y dos sillas en diferentes posiciones. En la obra de Karina Beltrán los enseres adquieren carácter simbólico. Una muchacha observa un mapa y parece evadirse a través de esas representaciones gráficas del mundo. En ocasiones señala lugares con el dedo índice. El mundo se encuentra simbolizado en los mapamundis. Mapas de una realidad por descubrir. La actitud de la joven conlleva una sublimación, tal vez se trate de una compensación relacionada con la pérdida del yo en la que nos sentimos inmersos en una sociedad tan mediatizada. El mapamundi no es otra cosa que una imagen del mundo que tiene una carga simbólica; la de entender su esencia como un conflicto entre tiempo y eternidad, materia y espíritu. El mundo se proyecta como conjunto de contrarios que sin embargo se distinguen. El acto de observar y reflexionar mirando un mapamundi, comporta establecer un espacio entre lo uno y el mundo. Ese territorio ha sido tratado a lo largo de la historia y definido como *intermundo*; lugar donde el espíritu privilegiado ve las realidades bajo la luz del mundo superior.

Es evidente que el discurso de Karina Beltrán está impregnado de una imaginación dinámica, de una especie de libertad aérea que se proyecta en lo sonoro, lo diáfano y lo móvil. Otros artistas podrían perderse o dispersarse en ese territorio pero en la obra de esta artista todo cobra sentido, tal vez porque

al impregnar los objetos de ese dinamismo psíquico, creemos encontrar en su materia y en su forma, sorprendentes fuerzas ocultas. Fuerzas que se adentran en el silencio. En *The Gate* (2006-2007) la soledad es contemplada como una fuente de inquietudes primitivas. En esta instalación vemos una doble proyección en un salón de cine. La ensoñación se apodera de nosotros nada más entrar en las distintas habitaciones que componen la pieza. En ese espacio oscuro vemos a una joven solitaria. Hermosa, sola, ensimismada, ha permanecido donde todos se han marchado, o quizás ha encontrado un lugar identificativo en un patio de butacas vacío al que ha accedido para sumergirse en su yo más profundo y así experimentar el sentido de sí misma. Tal vez ni siquiera es real. Karina Beltrán sabe que, psicológicamente, sólo en la ensoñación somos seres libres. El espectador la observa a través de los ojos de la artista que mira y percibe la sensibilidad de la joven, un poco desde atrás, tal vez desde delante, como si se dispusiera a ocupar uno de los asientos cerca de ella. Belleza y tristeza nos infunde la inquietud de estar próximos a un alma sensible. Nos apetece verla, mirarla y, sin molestarla, sentarnos y recordar, mientras soñamos o soñar mientras recordamos, matices muy sensibles e intenciones verdaderamente poéticas y profundas en esta magnífica obra.

Secretos (2009) es la propuesta con la que participa en la II Bienal de Canarias. Se trata de una intervención en el Museo Municipal de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. La artista lleva a cabo una reflexión sobre la interpretación de la Naturaleza a través del arte. Elige intervenir en la sala dedicada al pintor Alfaro y camuflar sus fotografías entre las pinturas de este artista. Dos propuestas de diferentes épocas conviven. Dos formas de aproximarnos a una misma realidad a través de la mirada de dos creadores. Viendo los paisajes de Alfaro, Karina Beltrán decide establecer un diálogo con un creador que se adentra en un naturalismo realista y sensual. La artista se acerca al pintor desde una óptica contemporánea. En una aproximación a los rincones de los paisajes del pintor esta artista nos revela una realidad que niega, en su intimidad, el mundo tal como lo veía la pintura decimonónica. El rincón en el paisaje de Alfaro diluye la vida. Las fotografías de ella registran esos momentos de acercamiento al espacio mínimo en el que se recoge el ser, que, como nos dice el poeta, cabe en la mano de un niño. La visión de Alfaro

se complementa con la suya y nos recuerda que tras lo visible se encuentra aquello que el artista nos desvela: la existencia de un mundo dentro de otro mundo, de una imagen que se trasciende a través de sus espacios. Las fotografías en esta serie establecen un diálogo con las viviendas de Alfaro, solo que ahora la casa esconde otros secretos, otras vivencias, otros horizontes que, sin embargo, no olvidan otros tiempos.

La casa es una de las temáticas preferidas de la artista. La serie *Hide and Seek* (2010) con unas fotografías en blanco y negro y otras en color, nos habla de la relación que se establece entre la casa y el cuerpo, dos espacios fuertemente conectados que nos permiten descubrir nuestra relación con el mundo. La imagen de la casa se ha convertido en una metáfora del cuerpo. Somos nuestro cuerpo, un cuerpo dual lleno de contradicciones que necesita de la pasión para poder reconocerse.

Un caminante solitario, una sombra en la oscuridad, el resplandor de la luna, una puerta entreabierta, el reflejo de una cortina que levemente se insinúa en la pared o la presencia de seres que observan sin ser vistos. Fotografías que son detalles esquivos de nuestra existencia. Karina Beltrán se introduce en el lado oscuro y en la posibilidad de descubrir la incertidumbre que nos asola. La obra habla de la seducción y del juego que parece atrapar a unas víctimas que se ocultan en la oscuridad de la noche y renacen cada mañana en su dolor y su melancolía, pero también en su afán por descubrir otras experiencias. El deseo crece a medida que los sentidos entran en acción, instintos que a veces nos revelan nuestra condición de ser cazadores o de haber sido presas. Sus personajes viven en un mundo bipolar, donde sus fantasías sexuales les ayudan a descubrir su personalidad más oculta. Un temperamento marcado por las pasiones secretas, la seducción, la atracción sexual, el deseo o el *voyeurismo*. La exploración del cuerpo es esencial en este viaje experimental que introduce a los personajes en las tinieblas de sus pasiones.

El viaje no es nunca la mera traslación en el espacio sino sobre todo la tensión, la búsqueda, la exploración y el cambio que determina el movimiento. Esta temática, clave en la obra de esta artista, refleja un profundo deseo de evasión a través del conocimiento, una travesía que se realiza con la imaginación pero

también una íntima vocación por vivir intensamente lo nuevo y lo profundo. Hay que tener en cuenta que soñar e imaginar son semejantes a viajar; no tiene por qué ser una huida, representa una búsqueda que siempre trae nuevas luces y sirve para ayudarnos a salir del laberinto. Sus fotografías tratan de encontrar caminos cotidianos pero también trayectos insondables, profundos o metafísicos. En *El Hilo de los días* (2009) y en *Constelaciones* (2010-2011) el viaje está presente en un recorrido por distintos países: Turquía, Grecia, Italia, Francia, Inglaterra, España; un circuito personal que nunca repara en monumentos reconocibles y prefiere perderse en los rincones más íntimos de la urbe, una ruta que mira hacia el mundo que le rodea y se fija en el aire que circula por la ciudad. Este itinerario se adentra en las casas que ha habitado, se expande en el brillo de los rayos del sol, en el mar, en el cielo, en el viento que azota árboles, telas o cuerdas, en las luces, en las sombras, en los reflejos, en el color, en los objetos y en las personas que pueblan el paisaje. La obra recoge retazos de existencia que parecen congelarse en el tiempo. Si en *El Hilo de los días* encontramos fotografías tomadas al azar en el paisaje urbano junto a obras escenificadas, más teatrales, más dramáticas, realizadas en escenarios donde se introducen modelos que posan atendiendo a las exigencias del guión, *Constelaciones* es más espontánea, más suelta. El azar juega un papel importante en esta última serie en la que Karina Beltrán podría parecer que encuentra las temáticas por el camino. Su mirada atenta, su curiosidad y una intuición desbordante, permite a esta artista nómada reflejar esos no-lugares que el sociólogo francés Marc Augé immortalizó. Hablamos de esos espacios anónimos de la globalización; mundos que se entretajan disolviéndose los unos en los otros. Karina Beltrán concibe sus propuestas como un ensayo permanente que se alimenta de cada nuevo trabajo, de cada nueva reflexión. La clave está en el tránsito, en el viaje hacia otro lugar, hacia el origen, hacia su infancia, buscando la luz del conocimiento pero también de la evasión o de la placidez.

En *Constelaciones* parece no querer contarnos nada, se deja llevar y aprieta el disparador cuando encuentra una escena interesante. Sus fotografías capturan instantes en lugares indeterminados, imprecisos. La decisión de crear una "imagen encontrada" podría parecernos casual, pero no es así. Karina Beltrán

posee un mundo personal bien construido que hace que esas imágenes azarosas encajen perfectamente en su discurso. Su amor por los objetos, por los detalles, la luz, los interiores de las casas y el paisaje se plasma en unas piezas que respiran serenidad. La artista se desliza entre los objetos para establecer relaciones con el mundo a través de una obra siempre abierta a la interpretación. Una serie enigmática que refleja su estado de ánimo, su facilidad para crear universos mágicos, para fijarse en cuestiones que pasan desapercibidas para la mayoría de nosotros. Fragmentos de paisajes perdidos vuelven a tener visibilidad, perviven, gracias a su íntima relación con un mundo que parece compartir secretos con esta creadora. Karina Beltrán nunca ha negado su deuda con la pintura. La sensualidad que desprenden las fotografías de flores nos recuerdan el delicioso trabajo de Georgia O'Keeffe.

El montaje de *Constelaciones* no es únicamente una forma de presentar la obra sino un instrumento creativo más, intrínseco a ella. A través de la disposición de las piezas se establece una serie de asociaciones, más o menos intensas entre unas fotos y otras, que sirve como elemento fundamental para la interpretación del conjunto. Un conjunto abstracto que le da una nueva lectura a una obra figurativa. Esta distribución tampoco es casual, responde a un concienzudo y pormenorizado trabajo para el que previamente usa un papel milimetrado con la misma intención con la que un compositor utiliza una partitura a la hora de precisar la introducción de cada instrumento en una sinfonía, con ello consigue una íntima relación entre el todo y las partes. Cada foto tiene una dimensión y un lugar preciso en el conjunto.

El paralelepípedo que configura la sala funciona como una cartulina en blanco de la que se utiliza el diedro situado en la esquina opuesta a la entrada. El resto de las paredes de la habitación quedan libres. Al contemplar la instalación se puede detectar una ley cromática que subyace tras el orden. De los colores claros se pasa gradualmente a tonalidades más oscuras. En las primeras fotografías predomina el blanco y rosa de las flores o de los reflejos de la luz solar en las paredes y en las últimas, el negro de la noche y del mar, adquieren una presencia absoluta; un recorrido de la luz a la oscuridad. El suelo de mármol brillante de la sala proporciona un elemento sorpresivo y

funciona como un espejo que refleja la instalación que lejos de contaminar el conjunto parece aportar una nueva dimensión.

Los treinta dibujos titulados *Polaroids* (2010-2012) son complementarios a la obra *Constelaciones* e irradian esa misma quietud, ese mismo encanto. Su nueva residencia en Madrid, el convivir con otros pintores y una tranquilidad renovada que acompaña a esta nueva etapa le incitan de nuevo a dibujar. Karina Beltrán regresa a sus orígenes, a la pintura, y lo hace a través de la fotografía. Instantáneas tomadas con el teléfono móvil en habitaciones de diferentes ciudades en las que ha vivido le sirven para crear unos dibujos en los que los detalles son esenciales. La arquitectura ocupa un lugar primordial en este relato íntimo y poético. Escaleras, paredes, puertas, pero también muebles, lámparas, ventanas, colchas y toallas son capturadas evitando el encuadre convencional. El objetivo se va alejando poco a poco hasta llegar a la abstracción de planos donde no reconocemos nada. Algunas líneas son definidas con hilo de colores ensartado directamente sobre el papel. Cada dibujo cosido a mano dialoga con el cromatismo de una obra de gran carga lírica. Si en los primeros el hilo se introduce tímidamente, en los últimos dibujos ocupa todo el espacio. Coser dejando las hebras sueltas marca y da gestualidad, acentuando el dramatismo en sus últimos trabajos. A través de hilos de colores que cuelgan en el abismo de un plano blanco, podemos imaginarnos una pared desconchada cargada de historias y de vivencias. Los filamentos se prolongan más allá de los márgenes del dibujo y parecen sugerirnos la posibilidad de tirar de ellos y cerrar el espacio.

En estos trabajos se percibe menos melancolía y más sutileza. En cada rincón hay algo del espacio que la propia Karina Beltrán habita en su interior y es por ello que nunca deja de ser un refugio semiabierto. Cada dibujo nos muestra una especie de semicaja mitad muro mitad puerta. Con todos ellos parece construir una cámara imaginaria alrededor de su propio cuerpo. Un espacio con voluntad de ser habitado y de ser compartido, donde construir un relato íntimo.

Clara Muñoz

